



UNIVERSIDAD VERACRUZANA
*Dirección General de Desarrollo Académico
e Innovación Educativa*



El aprendizaje socioemocional del académico universitario

Desesperación y amor en la enseñanza
Reflexiones de un profesor
Por: Dr. García Cuevas Pablo

Desesperación y amor en la enseñanza

Reflexiones de un profesor

No creo que todos los que pierden sus amores, mientras enseñan, puedan resucitarlos a través del trabajo desesperado y el abrazo de un amor más grande. Pero parece que otros han experimentado un terreno similar. Uno de entendimientos, clave de Palmer en *El valor de enseñar*, que es el reconocimiento de que, como maestros, tenemos que atender nuestra vida interior. Ese trabajo sancionado autorizó el viaje que estaba a punto de tomar, un viaje que hizo hincapié en lo intelectual, emocional y espiritual al respecto de los componentes de la enseñanza. Fue un viaje que me dio sustento crucial y me permitió resucitar mi amor por el aprendizaje y la enseñanza. Hubo dos “paradas” en el camino: primero, tuve que lidiar con mis sentimientos de desesperación, y luego tuve que afirmar, una vez más, mi amor.

Desesperación en la enseñanza

No está solo en su sentimiento de desesperación, es algo que parece venir con la actividad de la enseñanza. Empecemos por distinguir la desesperación de la desilusión. Ambos sentimientos se experimentan en la enseñanza, pero no son sinónimos. En la enseñanza, como en muchas de las otras actividades de la vida, encontramos, con frecuencia, expectativas sin cumplirse, esperanzas rotas y un alterado sentido de la realidad. Muchos profesores nuevos se enfrentan a esta desilusión. Tal desilusión se siente descorazonadora y puede ser desmoralizante, pero no golpea el núcleo de la persona, ni su esfuerzo, ni socava un perdurable sentido de esperanza, como lo hace la desesperación. En la desilusión, existe la posibilidad de un ajuste “razonable” a una situación difícil, la desesperación implica un sentido de exclusión, una circunstancia que requiere algún tipo de transformación personal radical o contextual.

La desesperación surge de un entumecimiento, un vacío, y trae consigo sentimientos de dolor y angustia. Para los profesores, es un vacío que parece tener como una de sus fuentes un sentido de traición y

un rechazo a nuestro amor por el aprendizaje y la enseñanza. La desesperación en la enseñanza es una sensación de que uno ya no puede ser el maestro que ama su asignatura, los mundos que abre y sus alumnos. Cuando el profesor ya no se entusiasma más, es difícil invitar a los estudiantes a interactuar en esos otros mundos. La invitación a la participación parece vacía y el enfoque atento a los estudiantes parece inútil. Es una sensación de que uno no puede ser el maestro que desea ser.

Existe una vieja fábula china:

Un médico corrupto tomaba dinero de la gente y les daba medicinas ineficaces. A veces, la medicina era venenosa y el paciente fallecía. En el curso natural de las cosas, el propio médico abandonó este mundo, por fin, y se encontró ante Lord Yan-Wang, el emperador del infierno. –Es difícil de imaginar cualquier crimen peor que el tuyo, dijo Lord Yan-Wang. –Cuando la gente estaba sufriendo y desamparada, depositaba su confianza en ti y te pagaban con plata y oro. Les pagaste con veneno y muerte. ¡Décimo octavo nivel! (en la antigua religión taoísta había dieciocho niveles en el infierno, los niveles más profundos para los peores pecadores).

Bueno, allí estaba el pobre médico, aunque, por supuesto, no debemos sentir gran compasión por él, abajo en el nivel dieciocho, descansando entre las torturas, llorando de remordimiento por su mala vida, cuando oyó unos golpes desde abajo. Luego, muy débilmente, escuchó una voz que se elevaba desde debajo del piso de su mazmorra: –*¿Quién eres tú? ¿Qué crimen cometiste para estar encerrado tan profundamente en el infierno?* El doctor estaba asombrado. Nunca había escuchado que había más de dieciocho niveles en el infierno; sin embargo, aquí, aparentemente, ¡había un décimonoveno nivel! Acercó la boca al suelo y gritó: –*¡Yo era un falso médico! Pero, ¿qué gran crimen cometiste que te han desterrado a un nivel tan profundo que los hombres nunca han conocido?* Vino la respuesta: –*¡Yo, era un falso Maestro!*

Los profesores desesperados sienten que están en el infierno. Para el maestro que conoce el poder, la belleza y la maravilla de ser tocado por la gracia de las grandes cosas, que ha recibido ese regalo de

otro maestro, que ha experimentado lo que significa atender con amor a los estudiantes y luego que se lo quiten, el sentido es devastador. La dirección rectora, la integridad, la identidad de un maestro se desvanece. Si uno continúa enseñando, se convierte en un falso maestro, se actúa de mala fe, uno se sienta en la desesperación.

Mientras enseñaba en la universidad, yo había caído en la desesperación. Ya no sentía el entusiasmo y el encanto de mis amados alumnos. Había perdido contacto con el poder transformador de la educación y de enseñar a otros sobre ésta. Me volví cauteloso y escéptico. Todavía me acercaba a mis alumnos con respeto, pero comencé a temer que pudiera decir algo cáustico o burlón, ya sea en clase o acerca de uno de los trabajos de mis alumnos. Me sentí frustrado, enojado y, paradójicamente, entumecido y vacío. Me di cuenta de que poco a poco mi fe y la intriga en lo que tenía que ofrecer a mis estudiantes, mi propio amor a la educación, habían disminuido. Sentí que tenía poco que ofrecerles.

Poco a poco me iba dando cuenta de que la desesperación no puede desaparecer con inyecciones de optimismo o sermones sobre el pensamiento positivo. Como el dolor, debe ser reconocido y trabajado. Esto significa que debe ser nombrado y validado como una respuesta humana normal y saludable a la situación en la que nos encontramos. Enfrentado y experimentado, su poder puede ser utilizado, ya que las defensas congeladas de la psique se derriten y se liberan nuevas energías. El “trabajo de desesperación” es diferente del trabajo de duelo, pues su objetivo no es la aceptación de la pérdida; de hecho, la “pérdida” aún no ha ocurrido y difícilmente puede ser “aceptada”. Pero es similar en la dinámica desatada por la voluntad de reconocer, sentir y expresar el dolor interior.

Se requiere de un *trabajo desesperado* en la enseñanza. Necesitamos abordarlo como una respuesta normal y saludable a nuestra labor educativa. Necesitamos comprender el contexto de la desesperación, reconocer que los miembros de nuestra cultura la evitan asiduamente, que sentir el dolor y la incomodidad asociados con ella es el proceso natural para superarla.

Los profesores en ejercicio, que se describen a sí mismos como “agotados” o al borde del agotamien-

to, con frecuencia expresan sentimientos de vacío, soledad, frustración e ira. Se preguntan: “¿Por qué nadie en la universidad me dijo en qué me estaba metiendo? ¿Por qué nadie me advirtió?” Parecen estar diciendo que si tan sólo alguien les hubiera avisado sobre el dolor, tal vez podrían haber evitado el sufrimiento. Salen de su salón de clases sintiéndose devastados, curando sus heridas y preguntándose qué hacer. Para cada uno de estos maestros es útil reconocer el dolor y el malestar, encontrando vías para hablar de esos sentimientos. A veces tenemos éxito; otras, éste es nulo. Lentamente he llegado a creer que debemos contemplar una de las fuentes clave de nuestra desesperación, el desprecio a nuestro amor por el aprendizaje y por la labor docente, y confrontar una de las paradojas de la enseñanza: para resucitar el amor despreciado, hay que abrazar el amor por la enseñanza.

Afirmando el amor en la enseñanza

¿Cómo resucitamos el amor despreciado y por qué queríamos abrazar un amor que ha causado tanto dolor? Éste no es un asunto simple, pero creo que hay algunas formas de atravesarlo. Estoy sugiriendo que hay, por lo menos, tres tipos de amor que participan en la narrativa de la desesperación: un amor romántico de aprendizaje y enseñanza; una orientación atenta y amorosa hacia los estudiantes; y un amor transformador y ampliado. La buena enseñanza implica una especie de amor romántico por la empresa del aprendizaje. Está motivado e infunde en los demás un amor por la investigación. Este amor es un anhelo y un ir más allá de uno mismo para comprometerse con otros mundos (naturales y sociales). Para infundir a otros con este amor por el aprendizaje, tenemos que atender a nuestros estudiantes. Hacemos esto para poder conectarlos con el material que hemos encontrado tan atractivo. Una atenta mirada de amor, con claridad y determinación, por el bien de nuestros estudiantes para que logremos ver sus deseos y las formas en que podemos ponerlos en contacto con la gracia de las grandes cosas. La enseñanza en y con estos amores es un compromiso vulnerable que deja al profesor abierto al dolor y al rechazo. Cuando se ha despreciado el amor por el aprendizaje de un maestro o su atención hacia los estudiantes, es posible que se desespere, y esta desesperación aflige el alma del maestro.

Llegamos a un amor más grande cuando experimentamos dolor y sufrimiento. En la crianza, he llegado a un amor más grande cuando mis hijos enfrentan obstáculos y enormidades en la vida y me doy cuenta de que tienen que enfrentarlos “por su propia cuenta”. En la enseñanza, llegamos a un amor más grande cuando vemos la vida de nuestros estudiantes desfigurada por las fuerzas de la codicia, el egoísmo y la dominación, cuando nos hemos desgastado por las semanas, los meses y los años de lucha contra éstas y otras fuerzas. También llegamos a este amor más grande cuando, como maestros, experimentamos nuestro propio amor despreciado, un amor que puede haber sido desfigurado en el pasado, distorsionado por potencias más grandes que usted o yo. Cuando nos enfrentamos con el dolor de nuestros estudiantes y con nuestro propio amor despreciado por el aprendizaje y la enseñanza, experimentamos dolor y sufrimiento. En estas situaciones, he confiado en un amor más grande para ayudarme a superar esos momentos difíciles y ayudarme a soportar el dolor y el sufrimiento.

Este amor más amplio parece ser una forma de aceptar la desesperación de la enseñanza, de conformar el heroísmo silencioso en el que ésta debe convertirse. Guiada por un amor ampliado puede convertirse en una constante lucha que nutre las almas de nuestros estudiantes y la propia. Al explorar y comprender nuestra desesperación por la enseñanza, junto con nuestro amor por aprender en la enseñanza y su pérdida, podemos llegar a ver claramente las posibilidades en un amor más amplio. Un amor ampliado implica una disminución del sentido del yo (ego) en el compromiso de enseñanza, una mirada atenta hacia el otro, acompañada de una búsqueda del bien. Con este amor más grande, es posible centrar la atención con el fin de ver más claramente los enredos y las oportunidades, los dolores de cabeza y los placeres ante nosotros. Hemos tenido que buscar y subrayar el bien, la belleza y la gracia que hay dentro de la situación, reconociendo la lucha ineludible y el dolor que también existe. Tenemos que esforzarnos para ir más allá de nuestras propias preocupaciones egoístas, para poder discernir el terreno con mayor claridad. Éstos son los contornos de un amor más grande.

Este amor más grande nos mantiene en el dolor, en la paradoja, para que podamos verlo y ver a través de él. Es durante estos tiempos, al menos en la en-

señanza, en que recordamos la gracia y el poder de nuestros amores previos. Un maestro desesperado, cuyo amor por el aprendizaje se ha perdido o despreciado, puede llegar a comprender cómo abrazar el amor de nuevo. Si lo hacemos, llegamos a transformar los términos de nuestro amor por el aprendizaje y nuestro amor por los estudiantes. Nos volvemos a familiarizar con la gracia, la maravilla y la belleza tanto del atractivo del aprendizaje como del amor atento. Si aprendemos a sufrir los opuestos, durante esos momentos de dificultad y sufrimiento, también aprendemos la gracia que acompaña el aguante y a vivir con el dolor. De esta manera, un maestro llega a comprender el mundo como un lugar de conexión y dolor, que puede inclinarse hacia la bondad y el amor. El maestro llega a comprender que el mundo material no es todo lo que existe; un reino espiritual también es realidad.

Mucho de lo que he hablado se centra en un viaje hacia el interior. Si vamos a enseñar con cierta integridad y plenitud, los espacios interiores tienen que ser explorados. Pero he pasado por alto muchas cosas en mi relato. Hay un mundo de poder, estructuras e institucionales fuerzas que retuercen y distorsionan nuestros amores y contribuyen a la desesperación. Y estas fuerzas no sólo fomentan dicha desesperación, sino que también nublan la comprensión de nuestra vida y de nuestro trabajo. En una era de estrecha rendición de cuentas y de estandarización educativa, de una toma de conciencia de la desesperación y el amor por la enseñanza, el espíritu tiende a perderse. Como docente y formador de docentes, luché continuamente contra eso.

Hagamos de nuestro amor por aprender y enseñar un medio de transmisión, un legado de compromiso y dedicación hacia nuestros estudiantes.

Este trabajo está extraído de Daniel P. Liston, *Love and Despair in Teaching: Feeling and Thinking in Educational Settings* (Nueva York: Routledge, de próxima publicación).